



Capítulo 192 - El regreso de Virgilio

Tras disiparse la ola de energía, un silencio denso se apoderó del ambiente, creando una tensión que se extendió a todos los presentes. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido, y nadie se atrevía a interrumpir el instante, esperando a ver qué sucedía.

"¿Cariño?", murmuró Katharina con voz temblorosa, intentando comprender la situación. Estaba completamente desconcertada, pero antes de que pudiera procesar lo que sucedía, una brisa demoníaca la acompañó, fría y cargada de poder. De repente, un hombre apareció detrás de ella, envolviéndola en un abrazo posesivo y familiar.

"Roses... ¿te cambiaste el champú, cariño?", dijo suavemente, con una voz profunda y encantadora. Katharina no pudo ocultar el escalofrío que le recorrió la espalda al sentir su presencia. El aura que irradiaba le puso la piel de gallina, y la sensación de estar en manos de alguien mucho más fuerte la dejó casi sin palabras.

"¿E-es él?" Roxanne no podía creer lo que veía. No entendía cómo el hombre que tenía delante, con su imponente aura y su poder visceral, podía ser el mismo ser que recordaba. Pero antes de que pudiera procesar la situación, un escalofrío le recorrió la espalda y sintió su presencia acercándose. "Mi esposa rubia parece aún más guapa", dijo, apareciendo silenciosamente tras ella y envolviéndola en un cálido abrazo. "Huele a dulce", sonrió, con una voz llena de seductora malicia.

Ada, atónita, no pudo evitar soltar una risa nerviosa. "Esto es imposible... ¿Cómo ha mejorado tanto...?" Antes de que pudiera terminar la frase, un beso suave e inesperado rozó su cuello, y no pudo reprimir un grito, un sonido agudo e involuntario. "¡KYAA!", exclamó, abriendo mucho los ojos de sorpresa. Él,





con una sonrisa pícaro, se apartó un poco, manteniéndose cerca, y comentó: "Mmm, qué amargado... Deberías ser más amable, ¿sabes?", bromeó, besándola de nuevo en el cuello con una ligereza que la hizo vacilar.

"P-por favor, cariño, para...", suplicó Ada, pero sus pies ya flaqueaban, sus piernas empezaban a ceder ante la inexplicable fuerza de su reacción. Su tacto era hipnótico, como si su presencia fuera una droga de la que no pudiera escapar.

"Como era de esperar... hizo lo que temía hacer... en serio... y yo soy el demonio, y ella es la honorable", murmuró Zafiro con un gruñido bajo e irritado. Todavía la consumía la idea de destruir a Vergil, un pensamiento que la había acompañado durante los últimos ocho meses. Lo observaba todo con mirada penetrante y una ira silenciosa, pero también sentía un poco de respeto por Viviane.

—Aun así... hizo un buen trabajo... para alguien que no sigue métodos brutales como yo —reflexionó Sapphire, reconociendo de mala gana los esfuerzos de Viviane.



Mientras los demás observaban, cada uno con sus propias reacciones, Viviane no pudo evitar sonreír levemente al notar el progreso de Vergil. Era evidente que era mucho más fuerte que antes, y eso, de alguna manera, la hacía sentir... orgullosa. Entonces volvió la mirada hacia Morgana, que yacía en el suelo, jadeando y con el sudor corriéndole por el cuerpo.

—¡Tsk! ¿Quién te dijo que podías mentir en presencia de mi amo? —preguntó Viviane, con evidente irritación en la voz. Miró a Morgana con expresión seria.

Morgana, quien al principio parecía indiferente, le lanzó una mirada desafiante. Pero antes de que pudiera reaccionar, Viviane usó rápidamente su energía, bañando el cuerpo de la bruja con una ola de poder demoníaco. "¡KYAA!", gritó Morgana sorprendida e incómoda, sintiendo que su energía se

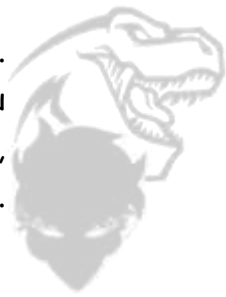


canalizaba repentinamente para obligarla a levantarse. La energía pareció envolverla, haciéndola levantarse bruscamente, casi como si fuera una marioneta tirada por hilos invisibles.

La mirada de Viviane permaneció firme, pero en su interior, una sutil satisfacción creció al ver cómo Morgana se veía obligada a obedecer. "Ahora, estás de pie. ¿Te quedarás tumbada o te levantarás como una dama?", dijo Viviane, casi burlona, pero sin perder el control.

Cuando Viviane se giró para mirar a su amo, una oleada de sorpresa la invadió. Antes de que pudiera reaccionar, su cuerpo se elevó en el aire, haciéndola soltar un pequeño "¡¿Eh?!" mientras se giraba para ver quién la levantaba. Entonces, lo vio.

Vergil estaba de pie ante ella, y su presencia irradiaba un aura abrumadora. Sus ojos rojo sangre brillaban con una intensidad casi sobrenatural, y su cabello, ahora inmensamente largo, le caía en cascada hasta la cintura, contrastando con su apariencia anterior, más contenida. Estaba... transformado.



—Me alegra que estés bien, siento haberte dejado sola. —La voz de Vergil era profunda, con un tono inesperadamente suave que aceleró el corazón de Viviane. Sin decir una palabra más, la abrazó con fuerza, y algo en su interior se rompió.

Viviane, que siempre se había mantenido firme y controlada, no pudo contener las lágrimas. Se le hizo un nudo en la garganta y un peso inmenso cayó sobre ella. Las semanas de espera, la soledad, la tensión de no saber qué pasaba con su amo, todo se disolvió en un instante. Lloró sin vergüenza, con la cabeza apoyada en el pecho de Vergil, inundada de alivio.

La abrazó con tanta fuerza, como si temiera que se desvaneciera en cualquier momento. Viviane, entre sollozos, murmuró: «Yo... yo pensé que...». La angustia



en su voz era palpable, como si todas las emociones reprimidas de los largos meses de espera finalmente afloraran.

Vergil, con sorprendente calma, la abrazó con más fuerza, respondiendo con un tono suave pero firme: «Tenías miedo después de todo lo que pasó, ¿verdad? Relájate... ya está todo bien». La consoló, su abrazo irradiaba una sensación de seguridad que hizo que Viviane suspirara de alivio.

Tras unos segundos, la depositó con cuidado en el suelo, sin dejar de acariciarle la cabeza con los dedos, de forma suave, casi protectora. «Siento haberte dejado sola buscando los fragmentos de Excalibur. Eso no volverá a ocurrir. Nadie te hará daño... nunca más». Sus ojos rojos brillaban con una intensidad que parecía consumir todo a su alrededor, e incluso Viviane, con su fuerza, no pudo evitar temblar bajo su mirada posesiva.

Respiró profundamente y luego se giró, mirando a todas las mujeres en la habitación, como si estuviera evaluando la situación de una manera tranquila pero implacable.



"Supongo que esta reunión es bastante grande...", comentó Vergil, con la mirada fija en las mujeres que tenía delante. Parecía como si las hubiera sacado de una lotería de "Gacha", dada la cantidad y variedad de mujeres presentes.

Demonios, un espíritu, doncellas demoníacas e incluso una bruja que lucía un atuendo tan revelador que casi dejaba al descubierto las areolas de sus enormes pechos. Llevaba un bikini provocativo que dejaba poco a la imaginación, con sus pechos casi al descubierto, solo sostenidos por una fina tela y sus ojos con un brillo extrañamente travieso.

Vergil los miró a todos, pasando la vista de uno a otro, pero no parecía sorprendido ni intimidado. Al contrario, parecía bastante complacido.



"¿Nos vamos a casa?" sugirió sonriendo, pero...

"Ugh... Estoy agotada..." Una voz de mujer resonó suavemente, pero con tono cansado, acercándose al coliseo.

Era Felicia. Apareció con la parte superior de su ropa completamente desgastada, dejando al descubierto un fino sujetador que apenas cubría lo suficiente, con el cuerpo cubierto de sudor brillante. La escena era... casi pecaminosa, como si cada movimiento provocara una sensación de deseo reprimido, mezclada con agotamiento y sensualidad.

Su forma de caminar, su cabello despeinado y sus ojos entrecerrados daban la impresión de que acababa de pasar por una intensa batalla o un riguroso entrenamiento, y ahora, entrando en la habitación, su cuerpo parecía en perfecto contraste con el calor que irradiaba su piel.

"¿Tuviste sexo con tu madre?", preguntó Katharina. "Parece que la acaban de violar..."

"¿Eh? ¿No?", respondió Vergil.

